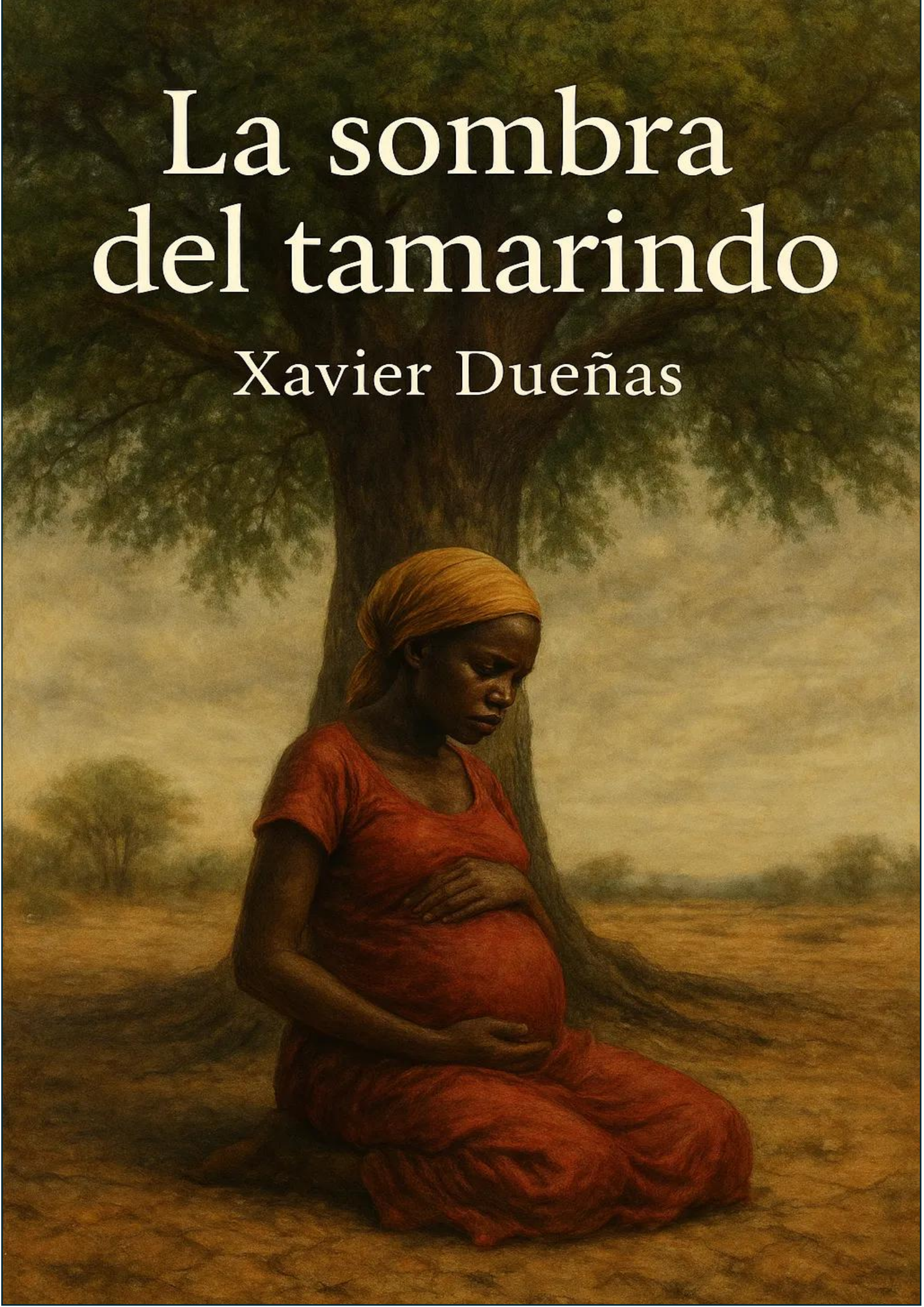


La sombra del tamarindo

Xavier Dueñas



Nota del autor

Este relato nació en el silencio. No en el silencio sereno de la paz, sino en ese otro que se instala como una grieta en la conciencia cuando uno comprende que hay sufrimientos invisibles, imposibles de abarcar con cifras o titulares. Lo escribí con la sensación persistente de estar tocando una herida que, aunque ajena, me atraviesa igual. No busco representar a nadie, sino escuchar con respeto una voz que podría haber sido muchas. Este texto acompaña sin invadir, nombra sin apropiarse y recuerda que detrás de cada dato hay un cuerpo, una historia, una mujer que camina —con hambre, con miedo, con dignidad— bajo un sol que no perdona.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay lugares donde la vida apenas se sostiene, donde cada día se elige en silencio, donde el amor se mide por la resistencia. En esos lugares, el nacimiento de un hijo no se celebra con cantos ni se adorna con sonrisas, sino que se sostiene con la fuerza ciega de quien aún cree en el milagro de insistir. Esta historia evita héroes y redenciones. No busca emocionar con exceso ni suavizar con compasión. Solo se detiene, por un instante, en ese punto exacto donde el cuerpo cede y, sin embargo, el alma todavía arde.

La sombra del tamarindo

Me desperté antes de que el gallo cantara, antes incluso de que el primer soplo de luz rozara las paredes de barro. No fue el ruido lo que me sacó del sueño, porque aquí dejaron de oírse sonidos que llamen, sino la persistencia del hambre, esa que no duerme nunca y que se instala en el cuerpo como un segundo corazón, uno que no late, pero que arde. Me desperté porque el cuerpo, el mío, este cuerpo cansado y sin nombre, decidió que ya era hora de volver a levantarse, aunque cada articulación protestara, aunque los músculos se negaran, aunque el vientre —hinchado, extraño, desbordado por la vida y por la falta de ella— doliera con la contundencia de una piedra que nunca termina de asentarse.

Sin abrir los ojos supe que mis hijos aún dormían. El silencio lo llenaba todo, y no era un silencio limpio, como el de los campos antes de la cosecha, sino espeso, fatigado, con un aire tan extenuado que apenas lograba deslizarse por nuestras bocas. En la penumbra reconocí las formas extendidas sobre el suelo: sus cuerpos pequeños, enrollados en sí mismos como semillas rendidas. Uno de ellos tosió, un sonido breve, seco, que se apagó sin respuesta. Quise acercarme, cubrirlo mejor, pero el cuerpo me pidió tiempo.

Había recorrido ese camino otras veces. Aprendí a vestirme en silencio, a calzarme sin ilusión, a dejar atrás los rostros dormidos de mis hijos para salir en busca de algo incierto. Lo comprendí desde el primer instante, desde la punzada en los riñones, desde ese segundo exacto en que pongo los pies en el suelo y ya no siento que me pertenecen. Caminaría otra vez bajo el mismo sol, por senderos reseco, entre piedras que conozco como parte de mi piel. Y, sin embargo, cada mañana es distinta, porque el miedo —ese compañero persistente— adopta nuevos rostros: se transforma en pregunta, en murmullo, en evocación.

Existe una hora exacta en la que la noche se retira y el día aún no ha llegado, un punto suspendido donde todo parece inmóvil, incluso el dolor. En ese instante me levanto. No con la expectativa de un cambio, sino con la certeza de que quedarse sería renunciar. Y yo, aunque a veces lo olvide, sigo sin aprender a rendirme.

Me cubrí la cabeza con el pañuelo azul que había doblado la noche anterior, con el mismo gesto pausado con que una madre acaricia la frente de su hijo enfermo, buscando calmarlo, aliviarlo, aunque solo fuera por unos minutos. Quedaba poca tela sin deshilar, pero aún conservaba el olor de las tardes frescas, cuando el viento traía noticias del norte y no del

La sombra del tamarindo

olvido. Me lo até despacio, convencida de que ese pequeño ritual podía devolverme a mí misma entre los escombros de lo que he perdido.

Caminé descalza hasta la esterilla donde dormían mis hijos. Uno de ellos se había descubierto durante la noche, y su espalda delgada brillaba levemente bajo la luz que se colaba por la rendija de la pared. Me agaché para taparlo con una delicadeza que apenas recordaba haber usado, con la esperanza de que ese gesto también abrigara todo aquello que no puedo ofrecerles. Evité despertarlos. Quería conservar ese instante de quietud, esa respiración acompasada que, por unas horas, les devolvía la infancia que la vida les arrebató. Los miré uno a uno, y en ese acto silencioso, sin lágrimas ni palabras, sentí que los abrazaba desde el pensamiento, en un intento de protegerlos de lo que se avecina.

Antes de salir, abrí la puerta con cuidado y alcé los ojos hacia el cielo. Aún era oscuro, pero ya no noche. Una línea apenas perceptible comenzaba a clarear el horizonte, y por un segundo creí ver en ella una promesa, aunque no supiera bien de qué. En ese instante inmóvil, mientras el mundo decidía si seguir dormido o abrirse al día, comprendí que el verdadero cansancio nace de los pensamientos que no cesan, de los nombres que uno repite por dentro para no olvidar a quién ama, de las imágenes que regresan cuando todo lo demás se ha borrado. Y supe, sin palabras, que era momento de partir.

Comencé a caminar con los pies aún tibios de la tierra del interior, impulsada por un primer paso que no surgía del cuerpo, sino de algo más profundo, más antiguo, algo que empuja desde dentro con la fuerza silenciosa de quien ha aprendido a seguir sin preguntar. No había viento, ni canto de pájaros, ni murmullo alguno que acompañara mi marcha, solo el sonido áspero de las plantas secas al quebrarse bajo mis pasos y el crujido persistente de la tierra abierta como una herida ignorada. Caminaba entre grietas que se extendían como venas sobre el suelo, y aunque las conocía de memoria, cada una parecía haber crecido durante la noche, con la avidez de quien también siente hambre.

Las chozas se alzaban a lo lejos, pequeñas, calladas, suspendidas en la espera de su derrumbe. En sus paredes agrietadas se leía la historia de los cuerpos que las habitaron: cuerpos cansados, enfermos, que partieron sin dejar rastro. A mi paso, no encontré miradas ni voces, solo puertas entreabiertas y cortinas endurecidas por el polvo. A esa hora, incluso la miseria dormía o fingía dormir, y yo avanzaba como si atravesara un sueño hueco, un lugar donde todo permanece, pero ya no responde.

La sombra del tamarindo

Fue entonces cuando divisé, al fondo, la silueta del tamarindo, solitaria y firme, sostenida no por fuerza, sino por obstinación. Ese árbol, con su copa desordenada y su sombra escasa, era la única señal de permanencia en medio de tanto derrumbe. Sabía —sin necesidad de comprobarlo— que sus raíces seguían hundidas en la misma grieta desde la que mi abuela solía sacar agua con un cuenco de hojalata. Me dirigía hacia él con la solemnidad de quien visita una tumba conocida, con respeto, con reverencia, con la esperanza —quizás ingenua, quizás inútil— de que su sombra me ofreciera algo más que descanso, tal vez un recuerdo, tal vez un consuelo.

Y mientras el cielo comenzaba a teñirse de ese color incierto entre el azul y el ocre, comprendí que el camino no es solo la distancia entre un punto y otro, sino todo lo que uno debe abandonar para poder avanzar.

EL PRIMER DESCANSO

Cuando llegué al tamarindo, sentí cómo las rodillas flaqueaban, cómo los tobillos crujían con el peso del camino, y cómo la sombra del árbol, aún escasa, ofrecía al cuerpo un respiro donde despojarse, aunque fuera por unos minutos, de su propia carga. Me senté con cuidado, primero sobre un costado, luego dejando que la espalda reposara en el tronco áspero, en busca de una firmeza donde descansar el alma, confiando en que el contacto con esa corteza antigua me recordara que todavía soy parte del mundo, incluso si a veces me cuesta hallar mi lugar.

El árbol seguía ahí, idéntico al de mis recuerdos de infancia, con su silueta ahora inclinada hacia el sur, tal vez convencido por los años de que mirar al suelo resulta menos doloroso que desafiar al cielo. Sus ramas, aún pobladas, se veían más frágiles, más retraídas, parecidas a manos que han tocado demasiado y prefieren mantenerse al margen. Observé cada hoja con la esperanza de descubrir alguna señal, un gesto, un susurro escondido. Ninguno apareció, y, sin embargo, sentí compañía. No la de los hombres ni la de los vivos, sino la de esa presencia vegetal que ha perdurado más que todos nosotros.

Las manos me temblaban, no por el frío —el calor ya comenzaba a ascender por el aire— sino por ese temblor que surge cuando el cuerpo se agota y el alma acusa el cansancio. Cerré los ojos un instante y sentí el corazón latiendo en el vientre, más que en el pecho, mientras lo que crece dentro de mí marcaba otro compás, más apremiante, más ciego. Preferí no

La sombra del tamarindo

tocarlo. Guardé el gesto, sin tener claro si era justo, necesario, o sincero acariciar una vida que aún no tiene promesa de sustento.

Mi abuela afirmaba que el tamarindo era un árbol sagrado, que bajo su sombra podía escucharse el corazón de Dios en los tiempos en que el mundo aún callaba. Lo decía con voz lenta, más baja que el canto de los insectos al atardecer. Yo la escuchaba quieta a su lado, con los pies descalzos y la boca llena de fruta, masticando con lentitud, como si la comprensión también llegara desde la boca. Ella recogía los frutos caídos con una delicadeza que no mostraba en otras tareas, los abría con sus uñas llenas de tierra y me los ofrecía como si fueran sagrados. Yo los recibía sin saber que, en esos gestos sencillos, vivía algo más duradero que el pan, más denso que la leche, algo que permanece incluso cuando todo lo demás se pierde.

Recuerdo sus dedos pegajosos de pulpa, la forma en que me limpiaba la boca con el borde de su falda, y cómo, al saciarse, me pedía guardar un poco para los espíritus del árbol, para que siguiera ofreciéndonos su sombra, para que mantuviera su compañía. Entonces cavaba un hueco al pie del tronco y dejaba allí los restos, convencida de que serían bienvenidos durante la noche. En aquellos días, el hambre no tenía nombre, el dolor de huesos huecos no existía, y las miradas infantiles aún no conocían la espera. Todo estaba ahí: el barro fresco, la fruta ácida, y la voz de mi abuela que, al nombrarme, llenaba el mundo de sentido.

Pensar en ella ahora, con el sol elevándose en su violencia acostumbrada, despierta en mí la certeza de que algo se extravió. Que la herencia hecha de ternura hacia los frutos, de dignidad en el reparto del alimento, de fe en la sacralidad de la sombra compartida, ha comenzado a marchitarse. Bajo este mismo tamarindo, el latido se ha silenciado. El mío, el de Dios, o ambos. Solo queda el eco de una infancia donde el hambre aún no tenía rostro, y una fruta bastaba para creer que todo estaba bien.

La sombra ha cambiado. Ya no refresca ni acoge con hondura ni con generosidad. Se ha encogido bajo un sol que castiga incluso a los árboles antiguos. Me recuesto unos segundos más, deseando que el cuerpo encuentre reposo allí donde el alma no consigue acomodarse, y mientras los ojos siguen el lento vaivén de las hojas, percibo una grieta interna, suave, imperceptible, como el sonido que anuncia la fractura mucho antes de que el objeto se quiebre.

El pensamiento persiste: dentro de mí crece una vida que aún no ha tocado el mundo y ya arrastra la carga de sus carencias. Al niño no lo culpo —eso lo sé—, pero hay una voz en mí,

La sombra del tamarindo

constante y callada, que cuestiona el derecho de traer más hambre a una casa de platos vacíos y bocas silenciadas. Me acaricio el vientre como quien pide perdón, como quien intenta hablar un idioma nuevo, capaz de explicar, sin palabras, que no fue abandono ni descuido, sino una necesidad profunda de creer que la vida aún puede abrirse paso en la tierra más árida.

Y al pensarlo, percibo los ojos de quienes ya partieron. Escucho la voz firme de mi madre, afirmando que solo los pájaros traen crías cuando el grano abunda. Veo la mirada de mi abuela, colmada de preguntas que nunca esperaron respuesta. Siento que me observan desde ese lugar donde descansan los que murieron sin justicia, y que en sus ojos hay una mezcla de tristeza y desconcierto, como si intentaran entender en qué momento confundí su legado, qué gesto malinterpreté para pensar que parir en la miseria aún podía ser un acto de esperanza.

Me incorporo con lentitud. La sombra del tamarindo permanece extendida sobre la tierra, aunque ya no me envuelve. Su contorno se ha reducido, como si también él dudara de su capacidad para ofrecer protección. Me pregunto entonces si la culpa también enraíza, si crece en nosotros como una planta muda, expandiéndose incluso cuando fingimos no sentir su avance.

EL ENCUENTRO CON OTRAS MUJERES

Las vi venir desde lejos, primero puntos oscuros que avanzaban con lentitud sobre la llanura calcinada, luego figuras definidas, con ese paso firme que nace cuando la necesidad se convierte en rutina. Iban en fila dispersa, separadas por distancias invisibles, unidas por un mismo destino: una bolsa de comida, un saco compartido, una promesa tan tenue que se evaporaba en el aire caliente antes incluso de pronunciarse. Me crucé con ellas sin desviar la mirada, y, sin embargo, cada paso era una confesión: yo también, yo otra vez.

Sus ojos se deslizaron sobre mí con la ligereza de un pájaro en vuelo: veloces, secos, sin detenerse, esquivando la pregunta que yo misma sentía en el vientre. Una de ellas sostuvo mi mirada apenas un instante, y en sus pupilas reconocí el cansancio de quien ha perdido demasiado y ha decidido prescindir de la ternura. Otra bajó la vista al suelo, empujada por el pudor, esa forma antigua de protegerse ante lo que duele por reflejo. No intercambiamos palabras ni gestos, pero algo se quebró en mí al comprender que lo que nos separaba no era el camino, sino el miedo.

La sombra del tamarindo

La pobreza ha desgastado nuestros cuerpos y, más profundamente, esa fibra que nos unía como mujeres, como madres, como manos que un día ofrecieron pan al que tenía menos. Ahora cada una reserva su fuerza para sí, y aunque en la miseria de la otra nos reconozcamos, preferimos el silencio a la cercanía, sabiendo que blindarse del dolor ajeno a veces evita el propio. Y yo, que confiaba en la fuerza de una mirada compartida, deseé no ser vista, pasar inadvertida, aligerada de la historia que llevo encima.

Caminar entre mujeres sedientas reaviva las voces del pasado. Se levantan como polvo con el paso. Las escuché en ese rincón del alma que no olvida, donde cada frase queda atrapada como espina o marca ardiente. "*¿Otro hijo más?*", preguntaba una, con filo en la voz. "*Con hambre no se pare*", añadía otra, con esa dureza que hiere sin herida.

Esas palabras regresan una y otra vez, en tantas bocas distintas, que ya no sé si fueron pronunciadas o nacieron de mi propio quebranto. Las escuché desde rincones de casas, en la voz disimulada de una vecina, en el consejo disfrazado de reproche de una tía. Otras veces brotaban de mi garganta, en noches agitadas por el movimiento del bebé y la inquietud en los labios. Entonces, en silencio, me preguntaba qué mundo es este que recibe la vida con temor.

Ninguna de esas voces alzó el tono. No lo necesitaban. Con existir bastaban para anidar en mí como melodía que desentona, como cuerda tensa a cada paso. Comprendo a quienes las dijeron. Conozco el peso del cansancio, la rabia callada, el amor que no alcanza. Y, sin embargo, en días como este, cuando el cuerpo se mueve por inercia y el alma se arrastra, esas voces resuenan en mí, como sombra íntima, como eco que insiste incluso cuando deseo silencio.

He bajado la cabeza y fijado la mirada en ese suelo que se expande y se contrae, mientras mis pasos apenas avanzan. Sin embargo, algo dentro de mí permanece erguido, se resiste a quebrarse, tiembla, duele, sangra sin testigos, pero sigue en pie.

Nadie me enseñó a esperar. Lo aprendí observando. A las mujeres que parían junto al río sin ayuda, con los dientes apretados y los ojos cerrados, recogiendo en el silencio toda su fuerza. A las que amamantaban con el pecho seco, entregando más que alimento, pertenencia. Aprendí que hay una fe callada que habita el cuerpo, una certeza que no pide explicaciones, una forma de amar sin permiso ni disculpas. Esa fe, y no la ignorancia, me llevó a abrazar esta vida que crece en mí como posibilidad, como afirmación de que aún en el dolor puede brotar el futuro.

La sombra del tamarindo

Puede que las respuestas no lleguen, que explicar lo que siento no sea posible. Pero incluso en la sequía más larga hay quien siembra, no por cosecha esperada, sino porque sembrar es la única manera de mantenerse vivo. Puede que el hambre me acalle, que la rabia nuble mis ojos, pero hay algo en mí que sigue murmurando que esta criatura no es un error ni un castigo. Es fruto. Es acto. Es decisión nacida entre lágrimas, bajo una sombra frágil, pero digna. Y aunque me falte defensa, aunque el perdón y la comprensión se nieguen, sé lo que sé: que el amor, aun tambaleante, aun arrastrado, aun sofocado, en lo profundo, se mantiene. Como raíz.

LA LLEGADA AL CENTRO DE DISTRIBUCIÓN

El polvo me recibió antes que las voces, antes que el gentío, antes que el sol que caía como plomo sobre los hombros descubiertos de los que llevaban horas esperando. Lo sentí colarse por la nariz, pegarse a los labios, incrustarse en los pliegues del cuello y de las manos, con la obstinación de quien quiere volverse parte de uno, con la insistencia de un recordatorio: aquí, hasta el aire participa del castigo. El calor brotaba del cielo, sí, pero también de los cuerpos apretados, fundidos en una marea espesa de carne y susurros rotos que dudaban entre avanzar o dejarse caer donde estaban.

Alguien gritó. La palabra se perdió entre el murmullo, pero el tono traspasó la multitud: una urgencia que cortó el aire. Una mujer descendió al suelo, primero inclinándose, luego desplomándose desde dentro, sin aviso ni fuerza. Su caída dejó un hueco, un breve silencio, un giro de cabezas para constatar que no era una misma, la madre, la hermana, el reflejo. Nadie se movió. La fila permaneció. En este lugar, la compasión interfiere, porque socorrer a otro es renunciar al turno, regresar con las manos vacías y el alma aún más desierta.

Más adelante, dos mujeres discutían por una bolsa ya entregada. Una sujetaba el nudo con firmeza, aferrada a él como quien sostiene la existencia entera. La otra agitaba las manos llorando, buscando en el aire un regreso imposible, el instante anterior donde aún cabía la fe. Las demás callaban. Las miradas hablaban con ese silencio que nace del reconocimiento: hoy es ella, mañana cualquiera.

Yo, firme, con el vientre palpitando y los pies hundidos en la arena ardiente, observaba, tragaba saliva y polvo, repitiéndome que debía resistir, que ya era tarde para ceder, que sostener el lugar en la fila era mantener en pie una promesa, aunque ignorara si alguien la cumpliría.

La sombra del tamarindo

La fila avanzaba con la lentitud de lo incierto, ese ritmo irregular de cuerpos sostenidos por la costumbre. Yo era una más: mujer de vientre hinchado, mirada gastada, esperanza sostenida apenas por la obstinación. El tiempo se estiraba como cuerda floja entre dos postes invisibles, y en esa tensión se alojaban todas las preguntas, todos los miedos, todos los recuerdos que había intentado dejar atrás.

Miraba los pies delante de mí, calzados con sandalias rotas o descalzos, marcados por la tierra y los días. En cada uno reconocía mi propia historia: una marcha silenciosa por la supervivencia. Alzaba la vista y encontraba rostros semejantes: curtidos por el sol, por el hambre repetida, por la espera que no entrega nada. Rostros inmunes a la sorpresa. Entre ellos, permanecía invisible. Pero comprendía que ni el anonimato protege: incluso en la multitud, el miedo encuentra su forma de señalar.

Los sacos de alimento se apilaban a un lado, promesa visible y frágil, tentación hecha de grano y polvo. Los contaba una y otra vez, buscando la posibilidad de que uno me correspondiera, que llegara antes del anuncio final. Sin saber cuántos restaban ni cuántos venían después, avanzaba. Cada paso era una lucha entre deseo y temblor, entre fe y duda. Y aunque el cuerpo seguía erguido, por dentro comenzaba a rendirse ante la certeza de un regreso vacío.

Cuando el turno llegó, el espacio abierto delante de mí lo anunció. Ese hueco que deja un cuerpo al retirarse, el silencio previo a la decisión que puede alterar un día. Avancé despacio, sin temer lo que recibiría, sino lo que podría perderse, respirando con cautela, como si el aire pudiera arrebatarme el equilibrio. Una mano se posó sobre mi hombro: firme y callada. No ofrecía consuelo ni impedía el paso, solo recordaba que el orden aquí es frágil y que fuerzas ajenas siempre pueden irrumpir.

Seguí mirando al frente. Callé las preguntas. Guardé las palabras. Cerré los ojos y sentí que todo cabía en ese contacto breve, en esa presión muda que insinuaba tantas cosas: tal vez llegaba tarde, tal vez otro necesitaba el lugar, tal vez debía apartarme y ver cómo la ayuda pasaba de largo. El nombre quedó sin pronunciar. La voz, contenida. Y el corazón, latiendo en cada fibra, en cada poro, vibrando en su propia incertidumbre.

Tampoco hablé cuando la bolsa tocó mis manos. Ni grité si no lo hizo. Sostuve el llanto lejos de los demás, aunque temblara bajo la piel, dispuesto como tormenta sin cielo. Me alejé unos pasos, los necesarios para dejar espacio al próximo intento, al siguiente cuerpo, a otro vestigio de esperanza. Caminé sin volver la vista, con las manos sobre el vientre, protegiendo lo único

que quedaba: el recuerdo de ese instante en que el mundo pudo haber sido distinto y, sin embargo, eligió no serlo.

LA SEMILLA

El camino de regreso transcurrió sin palabras, sin pensamientos claros ni imágenes nítidas. Fue un andar guiado por la inercia, un dejarse llevar por los pies, esos que parecían saber más que yo, que recordaban mejor el trayecto de ida, la textura exacta de cada piedra, el calor acumulado en las grietas del suelo, el peso de cada sombra donde el sol apenas se atreve a entrar. Avancé despacio, sin apuro, por agotamiento, porque el cuerpo, ese que tantas veces me sostuvo incluso cuando la mente se rendía, comenzaba a mostrar señales de su límite.

El tamarindo apareció a lo lejos como una figura conocida que espera sin reproche, un viejo guardián de historias que ya no necesita palabras para entender lo ocurrido. Mantuve el ritmo. Me acerqué con la calma de quien regresa a una tumba, con el respeto callado de quien sabe que allí no hay respuestas, pero sí un lugar para soltar el peso y ser, por un momento, solo cuerpo que descansa.

Me dejé caer a su lado sin elegancia ni cuidado, sin fuerzas para amortiguar la caída. El tronco áspero me recibió con su dureza familiar, con su silencio antiguo, con la misma firmeza que conocí de niña, cuando apoyaba la espalda en él para mirar las nubes sin saber lo que era la pérdida. El sudor corría por mi cuello, mezclado con el polvo, y los latidos en mis sienes golpeaban con una intensidad extraña; la sangre misma parecía pedir reposo. El tiempo dejó de importar; el cuerpo había decidido detenerse, sin promesas por cumplir ni justificaciones que ofrecer. Solo el tamarindo y yo, otra vez, como al principio.

Estás ahí, lo sé. Tu imagen no aparece ante mis ojos ni escucho tu voz, pero percibo tu existencia en un suspiro leve que se insinúa desde dentro, una caricia que nace en lo más profundo de mi carne. Ahora que el mundo calla y solo quedan el árbol, la tierra y mi cuerpo rendido, quiero hablarte sin palabras ni testigos, con esa voz muda que las madres usamos cuando ya no queda más que lo que sentimos. No tengo un hogar firme que ofrecerte ni una cama sin frío ni mosquitos. No puedo asegurarte pan diario ni zapatos antes del polvo. Pero sí puedo decirte que fuiste deseado, no por ignorancia, sino por amor. En medio de tanta carencia, eres mi forma de decirle al mundo que aún soy capaz de albergar algo más que tristeza.

La sombra del tamarindo

Te hablo, pequeño, con la garganta cerrada por el cansancio y los ojos secos de tanto buscar sin hallar. Te hablo desde un lugar donde ya no caben certezas estridentes, solo este susurro que nace del corazón y llega hasta donde estás, tibio, ajeno aún al peso del mundo. A veces me asusta no saber cómo cuidarte, no tener con qué alimentarte, imaginar que tus primeros días reflejen mis últimos años. Pero cuando pienso en ti, cuando percibo tu leve movimiento, algo se ablanda en mí, algo se enciende. Tu presencia me recuerda que todavía hay caminos abiertos, que aún es posible crear, sostener, amar.

No te pido que me comprendas, solo que me sientas. Que sepas que este cuerpo tuyo, este primer refugio, te lleva con una mezcla imposible de fragilidad y fuego. Y si alguna vez dudas, si alguna vez todo te falta, recuerda que viniste al mundo como fruto de una elección, porque alguien, una mujer rota por fuera, pero entera por dentro, te esperó con los brazos abiertos, incluso sin tener dónde caer.

Entonces ocurrió, sin anuncio ni preparación, sin dramatismo: sentí que te movías. No fue un espasmo ni un reflejo, sino un gesto claro, firme, decidido, una respuesta desde dentro, como si comprendieras lo que mis palabras callaban y, con ese pequeño empuje, afirmaras que estás aquí, que algo en mí sigue en pie, que aún persiste una semilla que se niega a morir. Fue un roce breve bajo la piel estirada, pero tuvo la fuerza de un relámpago, la hondura de una verdad sin palabras, la dulzura de una presencia que lo transforma todo.

No lloré enseguida; el llanto también necesita su momento. Pero algo dentro de mí se abrió como la tierra al recibir la lluvia tras meses de espera. Y cuando el primer sollozo se hizo cuerpo, no lo oculté. Era necesario, era justo. Aquello que emergía no era solo tristeza, sino una mezcla de ternura y rendición, de miedo y gratitud, de belleza y pérdida. Lloré por lo que no tendré para darte, por los nombres que no podré enseñarte, por los juegos que no sabré inventarte, por las canciones que nunca escucharás de labios seguros. Pero también lloré porque puedo sentirte, porque estás dentro, porque me llamas desde ese lugar sin palabras donde se gesta la vida.

El viento no soplaba, el mundo permanecía quieto, el tamarindo ofrecía la misma sombra de siempre. Pero algo en ese instante se volvió eterno, algo quedó suspendido entre el temblor de mi cuerpo y el latido del tuyo, algo que nadie sabrá, pero que yo llevaré siempre como una cicatriz sagrada, invisible. Y así, sin promesas ni testigos, sin certezas, me quedé allí, bajo el árbol que fue mi infancia y ahora era mi refugio, una madre sola, con la espalda apoyada en el tronco seco y la vida latiendo dentro como una llama que no se apaga, aunque todo alrededor parezca consumido.

Epílogo

Nunca supe si regresó con alimento, si alguien la esperaba al llegar, si los días siguientes repitieron su tristeza o si alguna vez el cielo se inclinó distinto hacia ella. Solo sé que la imagino aún, bajo ese árbol silencioso, con el vientre latiendo como una promesa sin fecha, la mirada hundida en la tierra que no da, el corazón intacto por tanto amar sin condiciones. Quizás contarla no cambie nada, quizás nadie escuche, quizás la historia se pierda como tantas otras. Pero mientras escribía, mientras imaginaba sus pasos, sentí que estaba menos solo. Y quizás, por un instante, ella también.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>